

Una vergüenza

La visita que acaba de hacer el Presidente de la República francesa a la América Latina, de cuyos resultados, indudablemente fructuosos a la larga, no nos corresponde hablar, ha suscitado una manifestación de simpatía a la figura histórica del general de Gaulle y ha sido, paralelamente, una cálida expresión del amor que a Francia profesan aquellos pueblos, que ven en ella un paradigma de libertad y democracia y se jactan de ser deudores de su civilización y su cultura. Ello a pesar de su sangre española, de esa otra sangre del espíritu que es el idioma común y de una influencia de siglos de la «Madre patria», que muchos americanos posponen en su afecto a la madre de adopción francesa.

Ese viaje de que hablamos nos inspira unas amargas reflexiones.

Normalmente, ¿quién mejor que un jefe de Estado español podría y debería hacer esa visita a los países de la América Latina? Países descubiertos por virtud de una empresa radicalmente española, pueblos de nuestra lengua, criados a los pechos de España, de la que al cabo se emanciparon en un legítimo anhelo de independencia, en ocasiones alentado y ayudado por los españoles liberales. ¿Con quién mejor podrían concertarse esos pueblos que con España? Su españolismo, como ha hecho notar Salvador de Madariaga, es la única base que se ofrece a su posible unidad. No tienen otra. Y, sin embargo...

Sin embargo, jamás un jefe de Estado español, ni Alfonso XII, ni Alfonso XIII, ni mucho menos el general Franco, han podido ni pensar siquiera en un viaje oficial a América en nombre de España. Y no es sólo que les falte el magnetismo, la personalidad y la categoría histórica de Charles de Gaulle. Es que tal viaje únicamente puede hacerse invocando los principios eternos que son la enseña de la República francesa. Es que aquellos pueblos, desde la frontera de Méjico con Yanquilandia hasta el Cabo de Hornos, viven alentados por un ansia de libertad, cualesquiera que sean las vicisitudes y frecuentes cambios que en ellos se producen. Y los jefes de Estado españoles no pueden invocar la libertad y la democracia como lo hace Francia. He aquí el «obstáculo tradicional» que impide el cordial y entrañable acercamiento de España a sus hijas de América. Porque en las alternativas entre los periodos de opresión y los periodos de relativa libertad en España (como señaló con su autoridad de historiador el jefe del gobierno republicano español en el destierro Sr. Sánchez Albornoz), los periodos de opresión fueron siempre duraderos, y los de libertad efimeros. Sólo la República —y las dos que tuvimos fueron fugaces— está capacitada para ese acercamiento cordial y entrañable.

Nuestras hijas de América se han agenciado una madre adoptiva, Francia, porque, pese a todas las fiestas de la hispanidad y tópicos de juegos florales, no pueden encontrar en la madre natural comprensión y estímulo para sus anhelos íntimos. Esto, que es muy amargo y muy doloroso, tenemos que reconocerlo, porque este reconocimiento pudiera ser el primer paso para la enmienda. La disociación entre España y sus hijas de América es una vergüenza para todos los españoles, que aquí no hay derecha ni izquierda, sino un oprobio que a todos nos alcanza y nos cubre.

América Latina sigue el penacho de Francia, porque no cambia la libertad e independencia a que aspira por ninguna otra gloria.

Y todos nuestros Bailenes, Otumbas y Lepantos la dejan indiferente.

¡En su ánimo pesa más el laurel de la Bastilla!

Y ese no puede aún agitarlo nuestra querida y desdichada España.